

## Los Mil Caminos de Santiago

En general, se considera al denominado Camino Francés, como la senda genuinamente sagrada e iniciática (con sus tres arranques más conocidos que superan los Pirineos por tres puntos: Zugarramurdi, Roncesvalles y el conocido en el pasado como *Sumus portus*, hoy día Somport. Pero en realidad, el Camino de Santiago es una gran red formada por multitud de sendas. Podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que realmente hay una por cada caminante, aunque la mayoría de ellas se dirigen hacia el objetivo común.

Realmente se trata de rutas que nacen espontáneamente en puntos tan dispares como Vézelay, Londres, Hamburgo, Amsterdam, Milán, Sevilla, Granada o Roma, pongamos por caso, y confluyen en diversos puntos del trazado oficial, dirigiéndose a la meta: Santiago de Compostela. Mejor dicho, allí está la puerta de acceso a un último e imprescindible tramo, porque la senda no termina, como ya apuntábamos, hasta llegar a Finisterre, el *finis terrae* ancestral y mágico, testigo de viejas tradiciones y sabidurías lejanas en el tiempo, envueltas ahora por el cendal húmedo y protector de las brumas atlánticas. La costa gallega. El mismo escenario donde los *Nerios*, una tribu celta, rendía

culto a la *Estrela Escura*, el Sol, en el *Ara Solis*, como la denominaron posteriormente los hombres de Augusto.

El océano Atlántico es una fuente inagotable de seres incorporados al imaginario mágico de la humanidad. Un bestiario que se nutre con innumerables mitos. Habitaban en él terribles monstruos encargados de custodiar el fin de la Tierra, un abismo insondable de agua donde diariamente desaparecía el Sol entre sus propias llamas, para renacer en la mañana siguiente. También es la infinita masa líquida que sepultó en sus profundidades una supuesta civilización superior que parece grabada a fuego en nuestros sueños e ilusiones. Así lo relató Platón en dos diálogos, *Critias* y *Ti-meo*:

*«En efecto, nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano, dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas*

*a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho.»*

Cualquier camino, pero sobre todo este, es una metáfora válida para representar el transcurso de la propia vida, con todas sus vicisitudes. Sirve, por tanto, como imagen del proceso de crecimiento personal que tiene que realizar todo ser humano en busca de las respuestas a las grandes preguntas que están tras el misterio de la existencia, pero sobre todo del inquietante después. Una senda que conduce hacia la perfección espiritual, independientemente de las particulares creencias religiosas de cada uno. Una maraña tan compleja como el propio ser humano.

El caminante adquiere la condición de peregrino cuando siente la imperiosa necesidad de encontrar ciertos lugares en los que sabe (intuitiva o racionalmente) que obtendrá ayuda y alivio de sus miserias o perdón de sus faltas a cambio de una dura y costosa penitencia. Pero también puede buscar alimento para la curiosidad insaciable que caracteriza nuestra especie. También puede hacerlo por cualquier otra razón. Algo enraizado pro-

fundamente en su interior le dice que su destino está allí donde podrá atender eficazmente a esa necesidad vital que le distingue de los otros seres que viven sobre la Tierra: la de trascender, existir eternamente siendo consciente de ello y conservando memoria física y emocional de cuanto le ha acontecido. Unos lo harán logrando el estado beatífico y desencarnado que prometen algunas religiones: una nueva dimensión de la existencia, metafísica y etérea. Otros, mediante un largo ciclo de reencarnaciones en las que tendrán que acumular méritos para alcanzar un estado de perfección final semejante al que gozan los entes superiores. La condición del peregrino es, unas veces, la de quien expía sus culpas y hace méritos para que se cumplan sus pretensiones posteriores, y otras, la del que quiere conocer y conocerse mejor.

La ruta puede ser cualquiera que conduzca hacia esta noble y deseada meta. La que hoy pretendemos recorrer es la que culmina en ese hermoso, santo y mágico rincón de las verdes tierras gallegas que por diversas razones se ha convertido en uno de los principales santuarios peregrinales del mundo. Miles de personas esperanzadas, movidas por diversas razones y objetivos acuden a ellos, solos o con sus familias. Son los centros del mundo espiritual: Jerusalén, Roma, la Meca, la

montaña sagrada de Thien Shan, Santiago de Compostela, Santo Toribio de Liébana, Caravaca de la Cruz, Fátima, Lourdes, Chestochova...

Por esta razón, reiteramos que no podemos hablar propiamente de un único sendero para cumplir con este anhelo, sino de muchos, como los afluentes de un gran río al que incorporan sus aguas lustrales. Son los Mil Caminos de Santiago, muchos de los cuales transcurren por sitios insólitos y poco conocidos, pero en los que, fijándose atentamente, podemos encontrar las huellas del pasado y de su verdadero mecanismo de transformación. O más bien de transmutación alquímica, como un inmenso laboratorio. Habrá también claves mágicas y sagradas que normalmente suelen pasar desapercibidas para la mayoría de las personas, porque el tiempo, la desidia o la mala voluntad han relegado al olvido su primitivo significado.

El camino tiene también un gran poder. Será maestro que disciplinará el cuerpo y la mente del peregrino, a la vez que le entrenará agudizando sus sentidos para reconocer las señales significativas que tendrá que interpretar según su subjetividad. Todas ellas están en los Mil Caminos de Santiago. Unas, visibles a simple vista, sin necesidad de conocimientos previos; otras, ocultas delibera-

damente para que sólo puedan alcanzarse tras un proceso de necesaria, anhelada y buscada purificación.



Un crucero en Al-  
bendiego, Guadala-  
jara, con señales de  
que por aquí pasa  
uno de los Mil Ca-  
minos, la llamada  
Ruta de la Lana, que  
viene desde Valen-  
cia en dirección a  
Galicia.

\* \* \*